

que, tras los intentos fallidos, la ciudadanía ha tenido que ser quien responda por los mismos. En 1999, con el despliegue de la eurozona, se esperaba más unión política y más política económica que avanzase en la equiparación de las economías estatales. Diez años más tarde, la ciudadanía ha visto estas expectativas frustradas y ha sido a partir de la crisis financiera global que la clase política más escéptica se ha visto forzada a desplegar actuaciones en esta dirección.

La alternativa que plantea Habermas pasa por una imprescindible ampliación de la implicación ciudadana en el proceso de construcción europea, no solo delegando a sus respectivos Estados a través del Consejo, sino vía directa a través del Parlamento Europeo y reformando profundamente los procesos administrativos para permitir esa implicación. En lugar de dar respuesta a esta creciente demanda, Habermas expone ejemplos de cómo la clase política pretende ignorarla y avanzar sin la ciudadanía europea, coartando el futuro y la sostenibilidad de la Unión. A modo de conclusión, los planteamientos de este libro se podrían situar en los actuales debates sobre la sociología pública (Burawoy, 2005). El autor alemán (sin perder la perspectiva «crítica» de esa Escuela de Frankfurt renovada) aquí nos deleita con un análisis de la crisis europea lleno de soluciones y posibilidades que se orientan al empoderamiento de la sociedad civil a través de las instituciones democráticas.

REFERENCIAS

- Burawoy, Michael (2005): «For Public Sociology,» *American Sociological Review*, 70(1): 4-28.
- Habermas, Jürgen (1996): *Between Facts and Norms. Contributions to a Discourse Theory of Law and Democracy*, Cambridge: The MIT Press.
- (1999): *The Inclusion of the Other. Studies in Political Theory*, Cambridge: The MIT Press.
- (2000): *La constelación postnacional*, Barcelona: Paidós.
- (2004): *Tiempo de transiciones*, Madrid: Trotta.
- (2009): *¡Ay, Europa!*, Madrid: Trotta.

por Lidia PUIGVERT MALLART

El archivo del duelo. Análisis de la respuesta ciudadana ante los atentados del 11 de marzo en Madrid

Cristina Sánchez-Carretero (coord.)

(Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2011)

Todo aniversario es un ritual en el que se apela a la memoria, esa facultad tan frágil e inexacta. Con él se da una puntada al tejido de la vida grupal y se pretende reforzar los lazos sociales; también ellos en oscilación permanente. Ante los salvajes atentados del 11 de marzo de 2004 la respuesta fue inmediata y solidaria; algo que suele ocurrir ante hechos masivamente luctuosos. Pero en este caso, la conmoción no era resultado de un hecho natural, de una *catástrofe*, sino de una intencionalidad política. La extraña sonoridad de aquel día en

Madrid fundía el silencio de la conmoción y el aturdimiento con el ir y venir de los vehículos, oficiales o particulares, de auxilio. En el hola-hola cotidiano de los teléfonos móviles la tensión se cargaba de angustia: llamadas sin respuesta.

La autocomprensión del científico social alberga siempre el dilema de si su misión se reduce a describir e interpretar lo real o también a tomar partido y valorar moralmente lo que ocurre. En este caso, la interpelación crítica y profesional sobre qué conducta era la que la situación requería a los antropólogos tuvo una respuesta capaz de unir los dos aspectos: la convicción de que documentar y analizar la respuesta de duelo expresada por la ciudadanía serviría al mismo tiempo para expresar el rechazo por los atentados y homenajear a las víctimas; surgió así el proyecto *Archivo del Duelo*, de cuya gestación material nos informa Pilar Martínez.

Ahora bien, esta iniciativa no pretende encapsular herméticamente lo estudiado, sino que se ofrece como un espacio abierto a la ciudadanía; tanto para recordar los hechos como para fomentar nuevos análisis que ayuden a entender la sociedad española en el contexto de las distintas dimensiones de la globalización, incluida la del terror. De ahí que una vez recogidas 70.000 unidades documentales, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, RENFE y la Fundación de los Ferrocarriles Españoles suscribieron un acuerdo para la conservación y gestión del Archivo. Con ello se intenta evitar que el hecho mismo de archivar suponga un anticipo, e incluso una invitación, del olvido. Como dice en el epílogo Luis Díaz Viana, la tarea del antropólogo desde su conocimiento especializado ayuda a construir la memoria, entendida como aquello que queda una vez se ha olvidado el resto.

De forma similar, el libro que presentamos une esta doble perspectiva: constituye, incluso en su cuidada y sobria edición, testimonio y homenaje. Y al mismo tiempo expone, con el distanciamiento inevitable que la dimensión teórica exige, un conjunto de estudios que analizan la respuesta ciudadana de duelo en diversos aspectos. Y es que, como recoge uno de los artículos citando a Jean Baudrillard, al ser sentidas las muertes traumáticas como anti-naturales, el grupo recurre frecuentemente a algún tipo de ritual para intentar hacerles frente, pues la propia comunidad ha sido cuestionada. Se produce así el hecho inhabitual de que, como escribe Carmen Ortiz, la persona que participa en el duelo se lamenta del asesinato de gentes para ella desconocidas. La dimensión ritual hacia la muerte se convierte en proclama de la continuidad de la existencia; el rito escenifica la conciencia de que la cotidianeidad de la vida ha sido alterada intolerablemente. El rito vuelve a detener la vida, invita a detener literalmente el paso ante una ofrenda, a guardar minutos de silencio, a concentrar la mente en el dolor para que la vida continúe pero consciente de la tragedia y modificada por ella.

Las muestras de condolencia se concentran en formas pautadas de acción social que pueden ser analizadas y catalogadas. En efecto, como aclara Cristina Sánchez-Carretero, coordinadora de los estudios, la expresión «memoriales desde las bases» alude a patrones rituales ante muertes sentidas grupalmente como traumáticas. Estas prácticas se han consolidado en las dos últimas décadas del siglo XX gracias a la acción de los medios de comunicación, siendo dos de sus hitos los realizados tras las muertes de John Lennon en 1980 y de Lady Diana en 1997. Pues, tal como recuerda Carmen Ortiz, un altar es un lugar de comunión entre vivos y muertos. Los memoriales son más o menos espontáneos, efímeros en el tiempo, ajenos a cualquier institución oficial y dan lugar a improvisados santuarios en los que la Iglesia o el Estado no desempeñan papel alguno participando en ellos personas que no están ligadas por lazos afectivos con las víctimas. Para que sean posibles es necesario que las ideas de individualidad y de libertad entendida como capacidad de elección se hallen

incorporadas socialmente. El ritual constituye, además, un acto performativo en el que al expresar el rechazo ante los atentados se anima a la consolidación del propio grupo en cuanto este constituye una comunidad emocional cuyos símbolos más habituales en este caso hacían converger signos tradicionales como los lazos o crespones negros con otros más ligados a las ideas de paz y de repudio de la violencia que también se usaron en las manifestaciones de rechazo de la guerra de Irak en el año 2003. El dolor, pues, no es concebido en estos memoriales como una emoción exclusivamente privada sino que los rituales realizados demandan acciones ciudadanas y políticas capaces de evitar similares tragedias.

Sin embargo, los santuarios son monumentos efímeros de duración limitada en el tiempo ya que su continuidad interferiría en el discurrir cotidiano. De ahí que, como señala Sánchez-Carretero, tras su origen espontáneo los memoriales pasaron a ser gestionados oficialmente, tal como sucedió con el monumento a las víctimas instalado con posterioridad en la estación de Atocha o en las conmemoraciones institucionales sucedidas en años posteriores al 11-M.

El conjunto de estudios al que nos referimos analiza distintos temas. En primer lugar, el tema del espacio ya que las estaciones donde ocurrieron los atentados se convirtieron en santuarios que cumplieron por un lado la función ritual mencionada anteriormente, pero también la política en la que se cuestionaba la relación de los atentados con las decisiones gubernamentales sobre la guerra de Irak. Al tratar la presencia de ropa y de grafitis, Sánchez-Carretero pone de manifiesto cómo en las diversas estaciones el espacio fue tratado por los oferentes haciendo un uso diverso del eje vertical, más propicio para ser usado como lugar donde se improvisa escritura, y del eje horizontal, en el que se acumulan materiales. Pero también se pone de manifiesto cómo los escritos en las paredes solían ser más virulentos, cargados de intensidad política e inmediatez temporal que los realizados en papel, cuyos mensajes apelaban con mayor frecuencia a la paz o a la solidaridad.

La palabra escrita tuvo gran presencia en los memoriales, tanto a través de escritos en papel como en otros virtuales que son analizados en varios artículos. Se escribe para dejar constancia de algo y, por ello, como dice Paloma Díaz Mas, la escritura constituye la vía de memorialización por excelencia que en este caso se encontraba con la tarea de superar el tópico de lo indecible. Para ello los autores recurrían a comportamientos próximos a la oralidad en fórmulas como las manifestaciones de pésame, lemas, dichos o expresiones habituales de la megafonía de la red de metro o de cercanías. Por otra parte, la autoría fue con frecuencia colectiva y ligada a procedimientos próximos a las artes plásticas alcanzando a veces cualidades próximas al arte conceptual.

Próxima al mundo de la imagen y de la palabra, es la renovación del uso de las estampas religiosas regidas, como aclara Antonio Cea-Gutiérrez, más por la esperanza y la caridad que por la fe. Gérôme Truc analiza la conducta de los ciudadanos ante los espacios virtuales en los que podían expresar mensajes y relata la *prueba de la solidaridad* a la que grupos preconstituidos —amigos, parejas...— se enfrentaban en el momento de redactar un mensaje. La identidad del propio grupo se veía puesta a prueba. Algo que también ocurría, leemos en el trabajo de Virtudes Téllez, en el comportamiento de los musulmanes necesitados de confirmar su condición de ciudadanos alejados del terrorismo.

Este libro aporta, en resumen, un enfoque desde las ciencias sociales en el que la emotividad analizada brinda claves para nuestra autocomprensión.

por Rafael GARCÍA ALONSO